

IRENE ADLER

SHERLOCK LUPIN Y YO

El MISTERIO de la ROSA ESCARLATA

LONDRES

1870



DESTINO

LA 99287

DESTINO
THE SOUP
DIFFERENCE

Irene Adler

El misterio de la Rosa Escarlata

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro son propiedad y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2022

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *Il mistero della Rosa Scarlatta*

© de la traducción: Miguel García, 2013

© 2012 Atlantyca S.p.A., Italia

© 2013-2022 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Publicado mediante acuerdo con Book on a Tree Ltd.

Texto de Alessandro Gatti

Ilustraciones de Iacopo Bruno

Edición original publicada por Piemme para Mondadori Libri S.p.A.

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Corso Magenta 60/62

20123 Milán, Italia

foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: septiembre de 2013

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26257-2

Depósito legal: B. 12.632-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



UNA NAVIDAD LONDINENSE



Si rememoro aquella lejana tarde de diciembre de 1870, me viene a la mente una imagen muy precisa: una lenta danza de minúsculos copos blancos llenando la ventana del estudio de mi padre. Era mi primera nevada londinense.

Mi padre se encontraba en Glasgow en uno de sus viajes de negocios y, con la generosidad que lo



caracterizaba, me había permitido usar su pequeño pero acogedor estudio con las paredes abarrotadas de libros.

No lejos de mí, en una pequeña chimenea de mármol blanco, ardía un fuego vivo y crepitante. Horace Nelson, nuestro fiel mayordomo, se acercó discretamente a la puerta, que yo había dejado entreabierta, y señaló la ventana con un leve ademán de la cabeza.

—Mire, señorita Adler...

Nada más volverme, la visión de toda aquella blancura me sorprendió y me conmovió.

—¡Está nevando! ¡Está nevando! —exclamé sin pensar siquiera, como una niña (quizá fuera más acertado decir que, en aquel momento, la que habló fue la niña que por entonces aún había en mí).

Al cabo de poco, atraída por el estallido de mi voz, llegó también mi madre. Horace se apartó con una inclinación y se fue.

Entonces vi que mi madre miraba la ventana y su cara se iluminaba con una franca sonrisa. También ella, después de todo, tenía corazón de niña.

—Oh, Irene... ¿No es precioso? —preguntó.

—Tan bonito como en un cuento —le contesté.

Mi madre echó un vistazo a los muchos libros que abarrotaban el escritorio de mi padre y, al verlos, casi pareció compadecerme.

—¡Te dejo estudiar, cielo! —me dijo sonriendo—. Hasta más tarde.

Yo también sonreí, pensando que su buen humor tenía en realidad un significado muy concreto: después de un otoño de suspiros, caras largas y melancólicas alusiones a París, la ciudad de la que habíamos tenido que huir precipitadamente a causa de la guerra contra Prusia, Londres había conquistado su corazón por fin.

La elegancia austera de los edificios, las comedidas costumbres de la buena sociedad londinense y la refinada manufactura de los objetos que vendían en los almacenes de lujo, en los que mi madre se abastecía para decorar nuestro nuevo apartamento en Aldford Street, habían ablandado su ánimo con el paso de los días. Cuando después, a través de los amigos de mi padre, nos llegó la noticia de que, igual que nosotras, varias damas más de la buena sociedad parisina se habían trasladado a la capital británica para alejarse de los peligros de la guerra, en mi madre se completó el cambio. Ya no se sentía sola. Y yo tampoco.



Para ayudarnos a que nos sintiéramos como en casa en aquella ciudad extranjera había bastado, luego, el ambiente navideño, al que tanto mi madre como yo siempre habíamos sido sensibles. Por lo cual aquéllos eran unos días muy alegres, que pasaba felizmente con ella, cosa que rara vez había sucedido antes.

Esto no significa que no guardara secretos con ella. Todo lo contrario. Por ejemplo, en aquel momento yo no estaba estudiando en absoluto, como ella había pensado. En realidad acababa de concluir una página del diario que escribía desde hacía algunos meses. Un diario secreto, un bonito volumen encuadernado en tafilete al que había confiado ya muchas de las palabras que hoy me ayudan en la redacción de mis memorias de infancia. Pero no tengo ninguna necesidad de consultar sus páginas, ahora amarillentas, para recordar lo que había escrito aquella tarde. Había escrito sobre mis dos inimitables amigos, Sherlock Holmes y Arsène Lupin. Con el primero me veía habitualmente desde que me había establecido en Londres, mientras que el segundo se encontraba viajando por alguna parte del mundo con el circo de su padre. Su última tarjeta postal databa de hacía un mes y había sido enviada desde Amberes.

Al recibirla, tras entregármela Horace a escondidas, la había leído en mi habitación con los labios casi ardiéndome.

Suspiré mientras mis ojos seguían fijos en la ventana y en la suave danza de los copos de nieve. Sabía que era una chica muy afortunada, y no porque mi padre hubiera podido alejarnos de la guerra y siguiéramos llevando nuestro tren de vida, sino porque ya entonces, cuando la fama aún no había rozado siquiera a mi amigo, me daba cuenta de lo privilegiada que era por poder pasar tiempo con Sherlock Holmes y ser testigo de la inquieta y deslumbrante grandeza de su mente. Pero había veces en que echaba de menos a Lupin, con su desarmante sencillez, su audacia, su capacidad para hacer que parecieran inofensivas incluso las empresas más peligrosas, salvo cuando luego las contaba de una manera tan exagerada que hasta me costaba reconocerme a mí misma como protagonista. Echaba de menos aquella química que surgía entre los tres cuando estábamos juntos, echaba de menos las bromas y las confidencias, los gestos audaces e ilógicos, y aquella sensación de omnipotencia frente al mundo circundante que me hacía sentir segura ante cualquier



peligro. Ése era el poder de nuestra joven edad, y de nuestra amistad.

Cuando finalmente aparté los ojos de la ventana, me apresuré a mirar el reloj de péndulo colgado en un rincón del estudio. Faltaban pocos minutos para las tres. Era miércoles, y aquel día de la semana, como también los viernes, mis tardes londinenses estaban organizadas siempre del mismo modo: a las cuatro en punto salía a la calle, donde Horace y un coche de punto estarían esperándome para llevarme a Carnaby Street, a la Shackleton Coffee House. Aquél era otro de los secretitos que compartía con mi mayordomo. Para mis padres, yo iba a casa de la señorita Langtry, mi nueva maestra de canto, pero lo cierto es que no acudía hasta una hora más tarde, después de pasar un tiempo en compañía de Sherlock Holmes en aquel café tan poco adecuado para una joven de buena familia. Pero, puesto que el señor Nelson era el encargado de concertar las clases y los pagos con la señorita Langtry, no era difícil engañarlos acerca de las horas de clase y ganar aquel ratito secreto para pasarlo en compañía de mi fascinante amigo.

Aquel día, de todos modos, la llegada inesperada de la nieve me convenció para cambiar mis planes. Ordené a toda prisa el escritorio de mi padre y corrí a mi dormitorio para ponerme mis botas más gruesas. Luego me abrigué bien y no anuncié mis intenciones hasta que estuve en la puerta de la calle.

—¡Hoy voy andando a casa de la señorita Langtry! —dije—. ¡Quiero disfrutar de la ciudad cubierta de nieve! ¿Puede mandar el coche a recogerme a las seis, Horace?

Cuando a mi espalda todavía resonaban las voces del señor Nelson y de mi madre en el vestíbulo, yo ya estaba fuera, al aire frío, entre los remolinos de nieve que se colaban por las casas, los carruajes y los transeúntes bien arropados.

Obviamente, mi intención era acudir a la cita con Sherlock, pero no había mentido en que quería disfrutar de la ciudad nevada. Recorrí un trecho de Aldford Street y doblé con determinación por South Audley Street para dirigirme a Picadilly. No era, claro, el camino más corto, pero, en cuanto desemboqué en la rica y animadísima calle que conduce al corazón de Londres, encontré todo lo que buscaba. Sobre



todo, los majestuosos árboles de Green Park, con sus ramas cubiertas de nieve que parecían fabulosas filigranas de plata. Me puse a pensar en algo que ya me había impresionado años antes, cuando era una niña: el increíble prodigio que la nieve es capaz de hacer al transformar hasta el rincón más insignificante de una ciudad en un lugar mágico, hechizado y misterioso. Observaba las luces de los grandes hoteles y los escaparates, que desentonaban con la austeridad de la nevada, y también el ir y venir de damas con abrigos de piel, y de sus jadeantes criados cargados de paquetes; aquella especial y febril alegría, en suma, que se puede respirar en una calle llena de tiendas en los días que anteceden a la Navidad.

Me vi rodeada de voces, colores, risas, olor a castañas asadas y pan de azúcar, y me dejé transportar de buena gana por la corriente impetuosa de personas paseando. Disfruté de cada instante de aquella caminata bajo la nieve, cautivada por los vivaces colores, los adornos dorados y las ramas de muérdago de los escaparates, como en un gran caleidoscopio.

Llegué así, casi sin darme cuenta, a Piccadilly Circus, donde, entre la multitud y el tráfico de carros de

mercancías y carruajes, era casi imposible dar un paso. Ya sólo tuve que tomar la primera calle hacia el norte para llegar a Carnaby Street en un cuarto de hora de camino a paso rápido. Allí, entre los puestos del mercado, los gritos de los comerciantes y el trasiego de la gente, me dejé guiar por un penetrante olor a salchichas a la brasa, en un entorno mucho más humilde y popular que el de las calles que acababa de dejar atrás.

Abrí finalmente la puerta de la Shackleton Coffee House y, pese a que llegaba con unos buenos veinte minutos de adelanto, encontré a Sherlock hundido ya en su butaca favorita.

Al verlo sentí la acostumbrada emoción profunda directamente en el estómago, como un ligero espasmo. Además del aire gris que parecía remolinear perennemente en torno a su cabeza siempre despeinada, oí una especie de acorde lúgubre y desafinado que en seguida me puso alerta. De hecho, lo conocía demasiado bien para no comprender, a primera vista, que debía de haber sucedido algo.